

Mi oficio de ESCRITOR

JORGE ELIECER PARDO

No pretendo hacer de estas páginas un tratado sobre el oficio del escritor, quiero solamente contarles mis gratas y a veces dolorosas experiencias con la literatura.

No oirán demasiadas citas de otros autores porque quiero hablar por mí mismo, a lo mejor, lo que voy a decirles sea un sueño más y no tenga importancia.

Escribir como amar viene a ser un oficio que requiere pasión. Yo creo que de comienzo es un privilegio si examinamos los asombrosos índices de analfabetismo en América Latina y la no menor asombrosa cifra de cinco millones de iletrados en Colombia. Pero el oficio de escribir literatura implica ya hoy no sólo tener vocación sino los términos precisos para contar una historia que despierte sentimientos de solidaridad o rechazo. La Literatura en los países Latinoamericanos es en mi parecer un bello objeto que llega a reducidas personas. Hace algunos años, cuando los medios de comunicación no nos habían avasallado, con su técnica casi inverosímil, la gente acudía con más fervor a los libros. Hoy por hoy, la televisión, la radio, el betamax, reemplazan aún a los mismos periódicos que en buena parte son el desayuno de las familias nuestras los domingos. Por eso pienso que la literatura no es popular aunque haya autores populares. El precio de los libros que se multiplica cinco veces en su costo real hasta llegar al lector, tiene por razón de la poca capacidad adquisitiva de las gentes, una salida no necesariamente notable. Y es claro que las ediciones de autores colombianos en términos genéricos, llega a los cinco mil ejemplares como en el caso de mi novela y que al venderlos en su totalidad,

sucedido con "El Jardín de las Hartmann", puede considerarse sin rubor un éxito. Y esto tratándose de editoriales tan prestigiosas como Plaza y Janés que de por sí constituyen inicialmente un sello de garantía. Las ediciones de escritores nuestros son de dos mil ejemplares que tardan tres años para ser vendidos. Y qué representan dos o tres mil ejemplares para un supuesto de quince millones de habitantes con capacidad de lectura? Es una gota echada al mar!

Sin embargo principio tienen las cosas. Bolívar por ejemplo llegó apenas con un sueño repetido dentro de sus delirios, destruyó un imperio, libertó cinco repúblicas y cristalizó viejos anhelos que parecían imposibles. Ahora mismo acaban de desaparecer en dos días, frente a la avidez de un país como Cuba, doscientos mil ejemplares de la última novela de nuestro máximo patriarca de literatura. Actos como el que hoy realiza la Universidad Central con un entusiasta y numeroso público que desea oír hablar de literatura y más concretamente de las novelas escritas por nóveles autores, es un comienzo hacia más amplios horizontes para este oficio.

Escribir es un acto solitario que pertenece a las multitudes. La literatura como una parte de la cultura se alimenta de la vida con toda su carga de sus días amables, de sus noches ardientes, de sus horas aciagas. Es el traslado de los sueños vueltos pesadillas, y si bien cuenta de manera usual con pequeñas derrotas, estas son también ejemplo vivificador que terminará transformando la existencia en algo mejor. Alguna vez le preguntaron a Hernando Téllez que para qué servía la literatura y él respondió: que para nada, pero que sin ella, no valdría la pena vivir. Hoy pienso igual a este importante maestro y considero que su acción consiste en volver imágenes lo que está en palabras como una manera de imaginar el mundo y además ayudar a transformarlo.

Siempre creí que la literatura era como los sueños, porque en los cuentos infantiles que leía o que me relataba mi madre, había personajes que se convertían posteriormente en fantasmas que acompañaban fabulando conmigo otras historias, hoy, cuando apenas he tratado de escribir dos o tres novelas comprendo que todo aquello poseía una gran verdad.

El enfrentamiento con la ciudad me llenaría de los mismos fantasmas cada vez que la realidad me acorrala para luego enfrentar la página en blanco y decidir escribir una historia con las historias de

los demás, de esos anónimos personajes que me las refieren sin imaginar que se anidarán en mí para renacer en el momento más inesperado. Si evocara las auténticas raíces de mi oficio de escritor, tengo que encontrarlas en el ejemplo de una tía legendaria, Sofía de Moreno, que aún se levanta con los primeros resplandores del día a crear historias para niños: es una vigorosa mujer ejemplo de disciplina, requisito indispensable para escribir. Igualmente a Carlos Orlando, mi hermano escritor, quien desde los ya lejanos años de la infancia me enseñó la poesía de Darío y en la adolescencia me mostró los grandes novelistas universales y compartió conmigo la primera máquina de escribir y los incipientes relatos de enamorados por la vida. A ellos quiero rendirles mi homenaje de agradecimiento porque son culpables de que hoy ocupe por lo menos un párrafo en la nueva historia de la literatura nacional. Indudablemente que le temo a mi ignorancia y a la literatura que escribo porque considero que si bien pretende ser lo mejor que puedo dar, cada vez que me enfrento a los grandes autores de la literatura quisiera meterme en un hueco oscuro y renegar de todas las páginas que juzgo como irresponsables; luego, es inevitable, la historia sigue y comparto las a veces dolorosas escenas donde se sufre y a veces las otras donde hay felicidad.

He escrito sobre la violencia porque ese tema era casi obligatorio para los escritores tolimenses como lo ha sido para la mayoría de los narradores colombianos. Además, porque mi familia sufrió el fenómeno y porque crecí entre el temor de la muerte y el engaño de esconderle a los niños lo que luego los historiadores oficiales jamás consignaron en sus textos.

Mis primeros relatos tuvieron como elementos principales la violencia y la mujer, hasta ahora no he podido desligar el amor de lo que escribo o vivo, no es repetir los grandes temas, es ser honesto con el tono y el deseo reprimido que me avasalla todos los días con sus implicaciones y sobre todo con las a veces mínimas retribuciones agradables.

El Libro "El Jardín de las Hartmann" me enseñó como podría escribir de lo tierno a lo violento sin caer en lo cursi ni en la crónica roja, a pesar de ser un libro elaborado a los 28 años, creo que si ahora lo volviera a escribir solamente le cambiaría dos o 3 páginas.

La literatura para mí no es siempre satisfacciones, me cuesta escribir, no sé como hay algunos que dicen que es plenitud, que es

siempre alegría, yo sufro como el enamorado que le cuesta llegar a la grata plenitud de una mujer hermosa e inteligente, después es otra cosa: un sueño, una conversación con quienes ya no nos pertenecen sino que tienen su propia vida.

El despertar de tantos escritores colombianos nos indica claramente que no estamos presenciando como dicen los pesimistas los funerales de la literatura: Estamos en su auténtico despertar. Es posible que unas veces llenos de bostezos, porque no toda la producción última es buena, pero ya después de los días se examina una no despreciable calidad, por encima de toda sospecha.

Al fín y al cabo la literatura, como anotaba alguien con propiedad, es la síntesis del espíritu humano y por eso vale la pena asomarse a ella con pasión, leer es otro acto de amor y todos estamos con iguales preferencias.

Ser escritor no es un privilegio ni está destinado solamente a determinadas personas, basta con mirarnos a nosotros mismos y mirar el mundo que nos rodea con sus contraindicaciones y allí estará posiblemente el mejor libro, el libro nuestro que puede ser compartido con todos los demás. Pienso que también se es creador cuando realizamos el bello acto de leer un buen libro compartimos su historia, su mundo y muchas veces su sabiduría. La buena literatura nos enseña a conocernos y a descubrirnos. Si la literatura es un legado cultural de la humanidad ahí están los libros para que sean ustedes quienes en últimas nos juzguen y revivan en cada página el anhelo de muchos que se arriesgaron a escribir tratando de regalar los viejos y nuevos sueños del hombre.